

bido más que el primer escalon, y Robespierre podia bajar de él más poderoso que nunca.

Entre todos se convino que al dia siguiente sabrian por mí misma los acontecimientos con todos sus detalles, que no serian ménos importantes que los que acababan de pasar.

Teresa reflexionó que me seria muy difícil encontrarme en lo que debia suceder entre multitud de mujeres y de hombres con mi traje de mujer.

Me indicó que podia ir á su casa de los Campos Elíseos y tomar uno de los trajes de hombre que tenia costumbre de ponerse cuando iba á caza con su marido el marqués de Fontenoy. Me dió una carta para su anciana nodriza que guardaba la casa, y al mismo tiempo tranquilizaria á la pobre mujer y la daria noticias de Teresa.

La referí lo mucho que debiamos á mi protector, y de antemano la pedí que si triunfábamos, era un hombre que no debiamos olvidar. Me prometió todo lo que quise.

La hora adelantaba y era preciso salir de la cárcel: dije que no ofrecia volver al dia siguiente, porque si éramos vencedores, preferia advertir á Tallien, para evitarle investigaciones inútiles para saber en dónde estaban; pero que escribiria, palabra por palabra, y minuto por minuto lo que sucediera, y gracias al honrado comisario estaba segura que llegaria á sus manos mi carta.

Nos abrazamos con la mayor efusion Josefina Beauharnais, Teresa y yo; bajé satisfecha y henchida de esperanza aquella escalera que descendí la última vez para ir al cadalso.

## XXIX.

## El manuscrito.

(Continuacion.)

Volvimos á subir al carruaje y fuimos directamente á casa de Teresa, situada en el paseo de las Viudas. Allí encontré á la anciana española que la habia criado.

Empecé por darle noticias de su ama, y despues le entregué la carta, en la cual la ordenaba que me dejara escoger entre sus trajes de hombre el que mejor me conviniera.

Escogí una levita castaña con cuello bajo; un sombrero con alas anchas, el que ocultaba casi por completo mi rostro, con un hebillado de acero y una cinta negra, sin pluma.

Dos camisas con chorrera; dos chalecos, uno blanco, otro color de camello; unos calzones de color claro y botas hasta la rodilla.

En seguida volvimos á subir al carruaje y mi comisario me condujo á su casa.

Nos costó bastante poder atravesar por la calle de San Honorato, porque una multitud inmensa estaba reunida delante de la casa del carpintero Duplay.

Acababan de saber la prision de Robespierre, y los gritos de Duplay y de su anciana madre habian atraido á los vecinos y á todos los que pasaban por la calle, y los curiosos permanecian clavados en su sifio, aguardando obtener allí noticias más detalladas.

No era menor mi curiosidad que la de los demás que habian acudido á los gritos de la familia Duplay.

Preciso es confesar que en todo el barrio tenia la familia del carpintero la reputacion de honrada y buena.

Como mi entresuelo se hallaba á pocos pasos de su casa, subí rápidamente y juzgué que era el momento de utilizar el traje de hombre.

Estaba muy poco acostumbrada á los trajes masculinos; pero sin embargo, al cabo de diez minutos me aseguré que envuelta en mi capa podia pasar por entre los grupos, sin que conocieran que era mujer.

Bajé y me mezclé con los curiosos.

La mujer de Duplay, fanática por su huésped, apelaba á la buena reputacion de que gozaba Robespierre, como hombre honrado, como ciudadano incorruptible, y á los que revelaban en su rostro dudar de esto, les decia:

—Podeis entrar, ciudadanos; podeis visitar sus habitaciones, y si encontráis ni una alhaja, ni una moneda de plata, ni un *assignat* de cincuenta francos, confesaré mi error, y diré que Robespierre era un hombre de malas costumbres.

Efectivamente, aquella multitud curiosa invadia la casa como en una peregrinacion, y desde luego comprendia que eran las de un hombre irreprochable.

Desde la puerta se veia el patio, los talleres y bancos cargados de sierras, escoplos y garlopas, las que anunciaban estar en casa de un artesano honrado y laborioso.

Si subian á la bohardilla habitada por Robespierre, admiraban más aun y contemplaban la prueba de aquella vida pobre y ocupada.

Los papeles colocados en tablas de pino y amontonados unos sobre otros, demostraban infatigables trabajos; sin embargo, se comprendia, se veia que, como en el santuario de un Dios, habian puesto allí los mejores muebles de la casa; un lecho azul y blanco, como el de una jóven; algunas sillas, un bufete de pino, sí, pero hecho por el dueño de la casa, y cuyo modelo habia dado su huésped, sin duda para que al trabajar pudiera extender su mirada por el patio y distraerse con la vista de las cuatro jóvenes, del hijo y del sobrino, que completaban la familia del carpintero.

En una biblioteca pequeña de pino, y abierta, habia un Rousseau

y un Racine; y en las paredes, suspendidos por la mano fanática de la mujer de Duplay y de su hija Cornelia, se veian multitud de retratos de su ídolo, de modo que por todos los lados á donde volviera la cabeza, Robespierre se encontraba con un retrato suyo.

En uno de aquellos retratos estaba representado con una rosa en la mano.

La anciana madre de Duplay, la mujer de este y sus hijos hacian pasar á los curiosos diciendo:

—¿Es esta la morada de un hombre malo? ¿De ese tirano que dicen sus cobardes enemigos que aspiraba á la dictadura ó á la soberanía?

Una de las cuatro hijas del carpintero no decia nada, no se mezclaba en nada y sollozaba en un rincon sentada en una silla.

Era la mujer de Lebas: su marido se habia sacrificado por Robespierre y habia sido preso con él.

Quando me disponia á salir, ví á dos soldados que guardaban la puerta y á otros dos que entraban: iban á prender á toda la familia del carpintero.

Confieso que la vista de aquel interior casi pobre, la inspeccion de aquella modesta habitacion me produjo profunda impresion.

¿Me habria equivocado? ¿Los que acusaban á Robespierre, no dirian la verdad? Me repetia lo que tú, amado Jacobo, me habias repetido tantas veces con respecto á ese hombre: me decias que caminaba por una senda inflexible, pero incorruptible; su inflexibilidad le habia conducido demasiado lejos, haciendo de él el hombre sanguinario odiado de todos, y que para que se salvaran millares de cabezas era preciso que cayera la suya.

La esposa de Lebas fué presa como las demás, pero ni se lamentó, ni se defendió; continuó llorando por su marido; nada más.

Volví á mi casa; tenia el corazon oprimido; delante de mi vista se presentaba sin cesar aquel aposento modesto, en el que las Duplay deseaban se encontrara una joya, una moneda de plata ó un *assignat* de cincuenta francos.

Aquel hombre que se creaba tan cortas necesidades, ¿por qué era ambicioso? ¿De oro? En todas partes se leia escrito con letras de

molde su desprecio por el dinero. ¿De poder tal vez, de orgullo, de gloria? Esto era lo cierto.

Aquellos retratos que formaban en el cuarto de Robespierre como una comitiva, atestiguaban que el ruido y la avidez de celebridad era á lo que habia sacrificado aquella existencia tan modesta en apariencia.

Era el orgullo herido, la bilis que rebosaba de su corazon lo que le habia hecho derribar las cabezas que descollaban por encima de la suya.

Repetia con frecuencia, decia la anciana Duplay, que el hombre, fuera cual fuera su posicion, no necesitaba para vivir más de tres mil francos por año. ¡Cuántos sufrimientos habia sentido aquel corazon cada vez que miraba por encima de él!

Toda la noche hubo en la calle mucho ruido; en la casa sólo habian quedado la más joven de las hijas de Duplay y una criada anciana: no cerraron la puerta; ¿para qué? Hubieran tenido que abrirla á cada momento.

Estenuadas de cansancio, se durmieron ambas, dejando la casa á merced de los que quisieran entrar.

Habia sucedido una cosa horrible, y que yo no supe hasta el dia siguiente.

Al esparcirse el rumor de la prision de Robespierre por la poblacion, otra voz corrió y fué repetida por todas las bocas.

—¡Robespierre ha muerto! ¡No más guillotina!

Esto expresaba perfectamente lo identificado que estaba su nombre con el patíbulo.

Sin embargo, el Tribunal revolucionario continuaba juzgando como si Robespierre no estuviera preso.

Una acusada, al sentarse en el banco, fué acometida de un ataque de epilepsia.

El absceso fué tan violento, que los jueces la preguntaron si padecia aquella enfermedad.

—No, contestó; pero me habeis hecho sentar en el mismo sitio que se sentó ayer mi hijo, y habeis condenado al desgraciado niño.

Como la sesion de la Convencion se terminó á las tres, y á las

tres y media sabia todo Paris la caida de Robespierre, el pueblo, que, como hemos dicho, estaba cansado de aquella matanza, esperaba que ya no habria más ejecuciones.

El verdugo sacudia la cabeza si le preguntaban, y cuando, siguiendo su costumbre, preparó el Tribunal revolucionario su *horrida* cotidiana; cuando las pesadas carretas fueron á estacionarse en el patio del palacio de Justicia, preguntó á Fouquier-Tinville:

—Ciudadano acusador público, ¿no teneis que darme alguna orden?

Fouquier ni aun se detuvo á reflexionar, y contestó secamente:

—Ejecuta la ley.

Es decir, «continúa matando.»

Aquel dia hubo cuarenta y cinco sentenciados, y lo que hacia más cruel su muerte fué que habian oido referir la prision de Robespierre, lo que les daba la esperanza de su salvacion.

Pero se vieron salir por el arco sombrío las cinco carretas cargadas y conduciendo á los condenados á la barrera del Trono, en donde debian ser ejecutados.

Aquellos desgraciados pedian gracia y levantaban al cielo sus manos atadas, preguntando que si su causa habia sido sentenciada por aquel que á su vez iba á ser juzgado, ¿por qué se hacia válida aquella sentencia?

La multitud murmuraba y decia tambien que tenian razon aquellos infelices y que debian perdonarles.

Algunos saltaron á las bridas de los caballos, detuvieron las carretas y quisieron hacerlas retroceder; pero Henriot, que estaba libre, y sobre el que no se habia podido ejecutar la orden de la Asamblea, llegó á galope con sus gendarmes repartiendo sablazos á diestro y siniestro, y la multitud se dispersó lanzando una maldicion postrera, y diciendo:

—Sin duda no era cierta la buena noticia de que Robespierre estaba preso y que estábamos libres de la guillotina.

Cerca de las siete oí tocar llamada: mi disfraz me animó y me disponia á salir arrostrando el peligro que pudiera haber, cuando encontré en la escalera á mi honrado comisario.

—No salgais, me dijo; ha sucedido lo que yo habia previsto. El municipio se subleva contra la Asamblea. Preso Henriot en el palacio real al regresar de la ejecucion de la plaza del Trono, ha sido puesto casi inmediatamente en libertad: el carcelero de la cárcel del Luxemburgo, á donde condujeron á Robespierre y á sus amigos, rehusó abrir la puerta de la cárcel, pretextando que tenia órden del Ayuntamiento.

Robespierre insistia por el encierro; el Tribunal revolucionario es su amigo; los miembros de él los ha nombrado Robespierre, y son partidarios suyos; pero la insurreccion del municipio, la lucha, el combate contra la Convencion y el resultado le son desconocidos.

Más aun; es ilegal, y siendo abogado como Vergniaud, está pronto como este á sacrificar su vida por el derecho y la legalidad.

Quería morir como habia vivido: inflexible.

Viendo que el Luxemburgo no quería abrir sus puertas para él, añadió mi comisario, ordenó Robespierre á sus guardianes, y estos obedecieron, que le condujeran á la direccion de la policia municipal.

Obedecieron; y si les hubiera dicho que le dejaran libre, tambien lo hubieran hecho.

A pesar de estar preso, su inmenso poder pesaba en la balanza tanto como el poder ejecutivo de la Asamblea.

Esto me refirió el comisario, añadiendo que aquella noche debia haber graves conflictos.

Me suplicó que permaneciera en casa hasta por la mañana, y que entonces vendria él á darme permiso para salir y á referirme lo que hubiera ocurrido durante la noche.

Yo era para él un objeto tan precioso, que por su gusto me hubiera encerrado con llave.

Efectivamente, si triunfaba Robespierre, como se ignoraba lo que habia hecho por mí, quedaba en buen lugar, y si triunfábamos nosotros, los favores que nos habia dispensado podian ser el manantial de su fortuna.

Me encontraba muy cansada; su posicion le permitia informarse

de todo mejor que yo; le ofrecí que no saldria, pero con la condicion que al dia siguiente temprano me daria todos los pormenores de lo que sucediera.

Me dijo que iba á encargarse de subieran la cena; acepté; no habia tomado nada desde por la mañana y eran cerca de las doce de la noche.

Dormí muy mal, con sobresaltos continuos y asustada, yo, que habia deseado morir; yo, que por mí misma habia ofrecido mi cabeza al verdugo; yo, que creia no tener ningun motivo para amar la vida ni nadie que me interesara en el mundo; yo, que habia sido desechada por la guillotina á pesar de mis esfuerzos para acabar en ella.

Me estremecia al menor ruido, y mi corazon latia con violencia al escuchar las pisadas de los caballos que pasaban por la calle.

¡Qué cosa tan extraña es el amor á la vida! El mio, á falta del hombre á quien adoraba, se habia dedicado á dos mujeres desconocidas para mí, y por las que hubiera dado mi vida para salvarlas si hubiera tenido precision; pero no perderia ya la vida sin sentirlo.

Algunos minutos despues que saliera el comisario, mi protector, me llevaron la cena. Hacia un rato que estaba tocando la campana de somaten del Ayuntamiento, y como estaban abiertas mis ventanas y solo se encontraban cerradas las persianas, oia su vibracion, la que me anunciaba ocurría algo muy grave.

Le pregunté al mozo del café que me traia la cena, por qué tocaban á somaten; me contestó que corria la voz que se habia escapado Robespierre.

—¡Libre! Pues si yo creia que él no deseaba verse libre...

—Bien, no le habrán pedido su consejo para libertarlo. El municipio ha enviado á un auvernés, un tan Coffinhal, capaz de levantar en peso las torres de Nuestra Señora, con órden de llevarse á Robespierre.

Coffinhal no se ha detenido en nada; ha ido á la alcaldía, y cuando ha visto que Robespierre no quería seguirle, se lo ha llevado.

Sus amigos le siguieron gozosos; no penetraban como Robes-

pierre; pero él, que sabia que al arrancarle de la prision era para conducirlo á la muerte, gritaba á la multitud:

—Me perdeis, amigos míos, perdeis á la república.

—Ello es que á estas horas, continuó el mozo, Robespierre será alcalde primero de Paris, si no se ha hecho rey.

Bajo la impresion de estas noticias me acosté, y toda la noche estuve intranquila.

Por la mañana temprano se presentó mi comisario, fiel á su palabra; á las ocho llamaba á mi puerta y hacia ya dos horas que yo estaba levantada, vestida y asomada á las celosías.

La noche se habia pasado en una situacion singular.

La Convencion habia permanecido serena y tranquila, y pensando en morir con dignidad.

Collot d' Herbois, sentado en la presidencia, habia dicho:

—Ciudadanos, sepamos morir en nuestro puesto.

El Ayuntamiento aguardaba tambien lo mismo que la Convencion.

Esperaba su principal apoyo de los jacobinos, y no se presentaba ninguna comision formal de la sociedad. Robespierre y San Justo se conceptuaban como abandonados.

El parálitico Couthon, que en los grandes peligros se consideraba más bien como un estorbo que como una ayuda, se habia retirado á su casa con su mujer y sus hijos.

Como era el hombre más eminente de los jacobinos, le escribieron Robespierre y San Justo desde el palacio del Ayuntamiento:

«Couthon, los patriotas están proscriptos: el pueblo entero se subleva; seria hacerle traicion si no vinieras al Ayuntamiento en donde nos encontramos».

Couthon se presentó, y Robespierre le tendió la mano diciendo:

«Sepamos soportar nuestra suerte,» casi al mismo tiempo que Collat d'Herbois decia en la Convencion: «Sepamos morir en nuestro puesto.»

Un acontecimiento así hubiera trastornado á Paris tres meses antes.

Se hubieran armado los partidos, se hubieran lanzado unos contra otros y hubieran combatido; pero estaban agobiados, habian

perdido lo mejor de su sangre, la vida pública estaba agotada.

Lo que todos experimentaban era un fastidio universal, un desfallecimiento infinito. Parecia que en aquellos banquetes públicos habia renacido Paris por un momento, pero el municipio los habia prohibido.

Toda la noche se habia pasado en tomar ineficaces medidas.

Un diputado desconocido, llamado Beaupré, habia hecho votar la creacion de una comision de defensa, la que solo servia para animar á los comités: estos recordaron á un tal Barrás, colega de Freron, cuando la toma de Tolon á los ingleses: le nombraron general, pero general sin ejército; no pudo hacer otra cosa que algunos reconocimientos alrededor de Tullerías.

Aquí llegaba de su relato mi protector, cuando oimos un inmenso rumor de caballería, cajas y cañones. Corrimos á la ventana: era la seccion del *Hombre armado*, la que convocada durante la noche, decidió enviar sus cañones á la Convencion.

Tallien era la causa de aquel movimiento. Como vivia en la calle de la Perla, cerca del Marais, habia corrido á la seccion, anunciando que la Convencion estaba en peligro, que la municipalidad queria contrarestar el poder de la Asamblea nacional dando asilo á diputados cuya prision habia decretado. La seccion enviaba sus cañones á la Asamblea y se encargaba de recorrer los distritos para que la ayudasen las cuarenta y siete secciones restantes de Paris.

El asunto comenzaba á tomar un giro favorable á la Convencion.

Pude conseguir de mi guia que me condujera hasta el municipio para que por mí misma pudiera juzgar en favor de quién se decidiria la jornada.